

El paradigma del posmodernismo y la modernidad inconclusa de América Latina

◆ Alma Barbosa

Ante el desencanto de las promesas incumplidas de la modernidad —concebida como el proyecto histórico de la ilustración europea, centrado en la racionalidad como promotora del progreso, la ciencia y la secularización de la vida cotidiana—, el paradigma del posmodernismo plantea una aguda y crítica revisión a sus conceptos básicos; esto es, a la visión del racionalismo como una verdad totalizante capaz de estructurar las actividades humanas en todas sus dimensiones (económica, cultural, política, tecnológica y cotidiana), a la idea del progreso continuo en el devenir histórico y a la institucionalización de la dinámica política y pública. La crisis del paradigma de la modernidad se sustenta en las contradicciones inherentes al desarrollo del capitalismo contemporáneo o capitalismo tardío (como lo denomina Fredrich Jameson), en la medida en que el conocimiento científico, los acelerados procesos tecnológicos, el modelo de democracia social, la burocratización colectiva y parámetro de la economía neoliberal devienen en formulas insuficientes frente a la diversidad, complejidad y desigual desarrollo de las comunidades mundiales.

Si la modernidad fue el estandarte del progreso homogeneizante, el posmodernismo enuncia sus limitaciones a partir de su aparato conceptual y

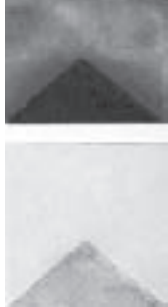
de las condiciones de polarización económica y tensión política en el orden internacional. En los años 80 del siglo XX, el debate epistemológico sobre la posmodernidad enuncia una percepción de la realidad que rebasa al discurso racionalista, a la vez que cuestiona su naturaleza hegemónica y sus parámetros tecnológicos y burocráticos de dominación y control social.

Jean François Lyotard,¹ explicita la incredulidad ante los grandes relatos y las metanarraciones, considerando que la estructura social no articula sus partes de manera funcional (funcionalismo) o asume una dinámica dialéctica (marxismo), sino que constituye una masa de individuos (átomos) que se interrelacionan mediante los “juegos de lenguajes”, como principal lazo social. En éstos, confluyen distintos valores y niveles discursivos (connotativos y denotativos).

A su vez, Jean Baudrillard apunta, con un sentido histórico, que en la posmodernidad: “es el fin de la linealidad. En esta perspectiva, el futuro ya no existe. Pero si ya no hay futuro, tampoco hay fin. Por lo tanto ni siquiera se trata del fin de la historia”.² Fredrich Jameson³ expone que el posmodernismo constituye una dominante cultural que corresponde al periodo histórico del capitalismo tardío, definido por Ernest Mandel que sostiene la existencia de tres momentos

¹ J. F. Lyotard. *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid, Cátedra, 1984.

◆ Profesora-Investigadora, Campus Oriente



históricos determinantes en el sistema capitalista: el primero, es el capitalismo de mercado; el segundo, el periodo monopolista o imperialista; y el tercero, el capitalismo multinacional o tardío. En esta perspectiva, Jameson enfatiza la fragmentación social como característica de la posmodernidad, a partir de la complejidad y acelerada dinámica tecnológica y la ineludible saturación de información que proporcionan los medios masivos de información; factores que contribuyen a la generación de representaciones culturales inasibles; esto es, que no permiten una representación de la totalidad social o de la complejidad del capitalismo tardío multinacional. El individuo asume un protagonismo inmerso en la superficialidad dictada por la cultura de la imagen, la estética y el simulacro, así como una intensidad emocional sustentada en valores hedonistas y placenteros, dentro de la noción del presente continuo, que convive con aquellos elementos del pasado que no impliquen un conflicto.

Profundizando en esta percepción del individualismo dominante, Gilles Lipovetsky señala que: “la personalización posmoderna cierra al individuo sobre sí mismo, hace desertar no sólo la vida pública sino finalmente la esfera privada, abandonada como está a los trastornos proliferantes de la depresión y de las neurosis narcisistas; el proceso de personalización tiene por término el individuo zombiesco, ya *cool* y apático, ya vacío del sentimiento de existir”.⁴

La emergencia del paradigma posmodernista

es sintomática de la toma de conciencia de las limitaciones del discurso totalizante de la modernidad y, en la práctica, de las nuevas modalidades económicas y culturales que asume el capitalismo contemporáneo. Así, se constata la lógica de la expansión económica globalizada que nutre la insaciable avidez de las corporaciones transnacionales; se evidencian las nuevas formas de dominación y control político vinculadas a las tecnologías comunicacionales; y se manifiesta la debilidad de la autonomía de los gobiernos nacionales frente a los intereses económicos transnacionales que, a su vez, se vinculan a los centros del poder político hegemónicos, en el panorama geopolítico contemporáneo. En la dimensión cultural se subraya la densidad de los procesos comunicativos y tecnológicos que trastocan las nociones tradicionales de temporalidad, de espacialidad y sentido social, la progresiva atomización social que contrasta con la diversidad y multiplicidad de identidades en torno a factores étnicos, lingüísticos, de género, y la imposición de modelos consumistas, de modas y de gustos.

Si bien el paradigma de la posmodernidad apunta a explicar el desencanto de la modernidad, éste no puede dar cuenta integralmente de la dinámica social en América Latina, ya que su trayectoria histórica y económica no ha sido paralela a la de los países altamente industrializados y políticamente hegemónicos en el contexto mundial. La premisa de modernidad no sólo no se ha cumplido en sus aspectos básicos, ya sea en

² J. Baudrillard. *La ilusión del fin. La huelga de los acontecimientos*. Barcelona, Anagrama, 1995, p. 24.

³ F. Jameson. *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona-México, Paidós, 1991.

⁴ G. Lipovetsky. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama, 1996, p. 146.

la homogeneidad de los procesos industriales en todas las regiones, la constitución de un sistema democrático participativo y no meramente formal, y la capacidad de consumo incesante, entre otros aspectos. A la par que se gestan polos de industrialización latinoamericanos, éstos coexisten con otras formas de producción precapitalistas. A su vez, el incremento del desempleo, la polarización y desigualdad económica impiden el consumismo galopante de los individuos. Es patente que los procesos de urbanización adolecen de una planificación y regulación, y es lamentable que la inversión en educación e investigación tecnológica no constituya una prioridad de desarrollo social.

La modernidad latinoamericana ha sido una meta a alcanzar en distintos ámbitos, tanto económicos y políticos como culturales; sin embargo, subyace la percepción de que ha sido un proyecto inconcluso. No obstante, el escenario continental no escapa a ciertos efectos del capitalismo tardío, a través de la supeditación de sus economías y proyectos políticos a los intereses económicos transnacionales, de la imposición de modelos de control y dominación social que se sustentan en los medios tecnológicos de información masivos y de la contaminación ambiental y explotación de sus recursos naturales.

Las reivindicaciones latinoamericanas aún remiten a satisfacer necesidades básicas prometidas por la modernidad (vivienda, salud, trabajo, seguridad social, etcétera); a consolidar los derechos ciudadanos del modelo democrático; a garantizar el respeto a su diversidad cultural,

étnica y lingüística; a encontrar vías de desarrollo sustentable que preserve la riqueza de sus ecosistemas, entre otros.

No obstante, la pertinencia del paradigma posmodernista en América Latina radica en su postura crítica del capitalismo mundial, en el desencanto frente al discurso utópico y totalizante de la modernización y sus instrumentos tecnológicos de dominación cultural. Aspectos que son compartidos tanto en los países “centrales” como latinoamericanos. Si este concepto se legitima epistemológicamente, es porque enuncia el malestar cultural de su época, pero no constituye el primer antecedente crítico de la modernidad. Cabe recordar que, en diversos momentos históricos, se han gestado movimientos sociales y culturales que han cuestionado la validez universal y los rígidos principios de la modernidad, desde el Romanticismo, la filosofía (Nietzsche), el paradigma psicoanalítico, la contracultura de los años 60 y 70 y la utopía socialista latinoamericana, por ejemplo.

Las reivindicaciones de los movimientos anticapitalistas de las décadas de los años 60 y 70, en América Latina, están marcadas por el desencanto modernista y las tesis contraculturales que planteaban nuevos valores sociales, como el anticonvencionalismo de la vida privada, la equidad de género y respeto a la diversidad sexual, la revaloración de las raíces étnicas, etcétera, pero también por premisas de abolición del sistema capitalista. Así, coexistieron las reivindicaciones



democráticas con las de carácter socialista. Las primeras —que en los países centrales ya se habían concretado—, se justificaban por la existencia de brutales dictaduras y violaciones a los derechos ciudadanos; y las segundas, constituían una vía que rebasaba el desencanto y escepticismo del posmodernismo, para plantear una alternativa de desarrollo social radicalmente distinta.

En el ámbito cultural se popularizaron iconos propios de las realidades latinoamericanas, a través de figuras históricas como Zapata, Sandino o el Che Guevara; se revaloró la presencia étnica y los saberes de tradiciones culturales ancestrales; las artesanías cobraron auge y se “recuperó” la música e instrumentos de los grupos étnicos. En la dimensión artística, convivieron las corrientes del “arte por el arte” y “el arte social”. Este último como expresión de una realidad apremiante, conflictiva e ineludible para los artistas. En general, la cultura latinoamericana, desde la perspectiva intelectual etnocentrista occidental, se ha identificado con los estereotipos del folclor, la música y el arte; no así con sus aportaciones al pensamiento filosófico, social o científico. En la actualidad, pensar en los efectos de la globalización y la colonización cultural del capitalismo transnacional remite a contradicciones insalvables, ya que la identidad de la Latinoamérica profunda se

sustenta en el reconocimiento de la multiplicidad de sus raíces étnicas, su tradición estética, su imaginario colectivo y sus movilizaciones sociales, que entran en contradicción con los procesos de la homogeneización globalizadora. Si bien se reconoce la influencia que ejercen los modelos consumistas, de la moda, de la tecnología del entretenimiento masivo, de las comunicaciones cibernéticas, entre otras, éstos no tienen la capacidad inmediata de cooptación de todos los estratos sociales, sobre todo de aquellos sectores no urbanos que enfrentan limitaciones materiales de subsistencia, educativas, de consumo y de movilidad social. Es paradójico que, en el arte, por ejemplo, las corrientes que han contribuido a la historia del mismo se fundamentan, precisamente, en perspectivas propias de la cultura popular histórica o mítica latinoamericana, ya sea el muralismo mexicano o el realismo mágico (literario y pictórico). Así también, dentro del arte popular, las artesanías ocupan un papel emblemático de la identidad latinoamericana, a pesar de que se insertan en una perspectiva precapitalista y simbolización indígena.

Por tanto, es improbable que la actual globalización neoliberal homogeneice la diversidad cultural latinoamericana. En todo caso, su influencia insoslayable es relativa y no absoluta.